



Capítulo 196 - Rojo y Blanco continúan peleando por Vergil

—Entonces... ¿por qué sigues con eso en la mano? —preguntó Zafiro, entrecerrando los ojos mientras fijaba la mirada en el orbe azulado que Virgilio sostenía en sus manos.

"Me fascina que haya un dragón sellado dentro, eso es todo", respondió Vergil con una sonrisa despreocupada. Giró el orbe entre los dedos, admirando los matices brillantes que parecían albergar una pequeña tormenta en su interior. "Es asombroso cómo la magia puede contener algo tan poderoso... la Emperatriz Dragón de Platino. No es algo que se vea todos los días".

Zafiro, al oír el título, arqueó una ceja y, con un movimiento firme, le arrebató el orbe de las manos. "¿La Emperatriz Dragón de Platino?", repitió con tono seco, sosteniendo el orbe con una mirada crítica antes de colocarlo a su lado. "¿De verdad te parece interesante otra mujer delante de mí, Vergil?"



Abrió la boca para responder, pero antes de que pudiera formular una defensa, Sapphire ya estaba actuando. Con la gracia depredadora que la definía, se subió a su regazo, rodeándole la cintura con las piernas e inclinándose hacia adelante hasta que sus rostros quedaron a escasos centímetros de distancia.

Vergil arqueó una ceja, sorprendido, pero claramente divertido por el repentino cambio de comportamiento. «Zafiro...», empezó, pero ella lo interrumpió, inclinándose aún más cerca hasta que sus labios casi rozaron su lóbulo.

"Dime, cariño...", susurró con voz baja y sensual, lo suficiente como para dejarlo sin aliento. "¿Te parece más interesante esta supuesta 'Emperatriz



Dragón' que yo? Porque si es así..." Zafiro le pasó los dedos por el pecho, jugueteando con los botones de su camisa mientras hablaba, "Puedo enseñarte lo que es jugar con algo mucho más peligroso".

Vergil soltó una risita y la sujetó con fuerza por la cintura, mirándola fijamente. "Zafiro, querida... ¿de verdad crees que algún orbe mágico o un dragón podría robarme la atención contigo cerca?"

Satisfecha con la respuesta, Zafiro ladeó la cabeza con una sonrisa victoriosa. "Mmm, espero que no. Porque si descubro que estás pensando en otra...", le mordió ligeramente la barbilla, "no dudaré en recordarte quién manda aquí".

—Ah, ¿así que quieres estar al mando? —respondió Vergil, apretándole ligeramente las caderas.

"Si te portas bien, cariño, puede que incluso te deje creerlo", dijo Zafiro con tono travieso antes de deslizarse con gracia de su regazo y volver a coger el orbe, sosteniéndolo con desdén.



En ese momento, Felicia entró en la habitación con una expresión que mezclaba celos y rabia. "¿Puedes quitarte de encima de mi hijo?", preguntó, cruzándose de brazos, con una firmeza que exigía atención. "Sigo siendo su madre, y francamente, no quiero ver a.... mi 'Compañero de Batalla' sentado en su regazo".

Zafiro, lejos de intimidarse, levantó una ceja y soltó una risa burlona. "Estábamos hablando de asuntos importantes, Felicia. ¿Tan celosa estás que quieres sentarte en el regazo de tu hijo?"

La sala cayó en un silencio cargado, las palabras de Sapphire quedaron suspendidas en el aire como una provocación deliberada.



Felicia entrecerró los ojos y sus labios se curvaron en una sonrisa peligrosa. Se acercó lentamente, el sonido de sus tacones resonando por la habitación mientras Sapphire mantenía su sonrisa petulante. "Hablas demasiado, Sapphire", dijo Felicia en voz baja y amenazante. "Y más te vale tener cuidado con tus insinuaciones... porque no tienes ni idea de lo que soy capaz".

Vergil, que hasta entonces había permanecido en silencio, observando el intercambio con una sonrisa enigmática, decidió intervenir. «Madre, Zafiro... Sé que ambas son fuerzas de la naturaleza, pero quizá este no sea el mejor momento para poner a prueba la paciencia de la otra».

Felicia lo miró y, por un instante, su rigidez flaqueó. Sus ojos, siempre tan seguros, adquirieron un brillo conflictivo. «Vergil», empezó, con voz más suave. «No quiero... perderte por culpa de estos... oportunistas».

—Nunca me perderás, Madre —respondió Vergil con calma, levantándose de la silla y caminando hacia ella. Le puso una mano en el hombro, mirándola fijamente—. Pero quizá sería bueno recordar que soy capaz de tomar mis propias decisiones... y afrontar sus consecuencias.

Felicia se mordió el labio inferior, y su rostro se tiñó ligeramente de rojo. Sus pensamientos vagaron rápidamente hacia lugares menos apropiados, y apartó la mirada, murmurando algo incomprensible.

"¿Ves eso?", bromeó Zafiro, echándose el pelo hacia atrás. "Es más maduro de lo que crees, Felicia. Quizás sea hora de dejar de intentar controlarlo como si fuera un niño".

—¡Cállate, Zafiro! —espetó Felicia, ahora ruborizada de ira. Señaló a la otra mujer con el dedo, pero su postura amenazante solo hizo que Zafiro riera aún más fuerte.





Vergil suspiró, masajeándose las sienes. "¿Por qué siento que, en lugar de gobernar demonios y enfrentarme a enemigos, siempre estoy atrapado en una interminable disputa doméstica?"

Felicia se cruzó de brazos y lo miró de nuevo, pero esta vez con un aire más maternal, o casi maternal. "Porque, cariño, eres especial."

—Ah, «especial» es una forma de decirlo —añadió Zafiro con una sonrisa pícaro antes de acercarse a Vergil—. Pero no te preocupes, querida. Estoy aquí para asegurarme de que te traten como te mereces... como a un rey.

Felicia abrió la boca para replicar, pero antes de que pudiera, Vergil levantó la mano, interrumpiendo cualquier discusión. "Ya basta. Los dos. Centrémonos en lo que importa... y no incluye quién puede o no sentarse en mi regazo".

Ambas mujeres lo miraron, cada una con una mezcla de respeto y terquedad evidente en sus rostros, pero ninguna parecía dispuesta a ceder fácilmente.

—Si cree que esto ha terminado, se equivoca —murmuró Felicia para sí misma, mientras Sapphire soltaba una suave risa, claramente complacida por haber logrado desconcertar a su rival una vez más.

—Está bien, Madre. ¿Qué ha pasado esta vez? —preguntó Vergil, bajando con cuidado a Zafiro de su regazo mientras permanecía de pie con una expresión firme pero curiosa.

—Hmph —resopló Felicia, cruzándose de brazos y apartando la mirada en un gesto de orgulloso desafío, aunque lo observaba de reojo.

Tras unos segundos, finalmente cedió: «Encontramos otro fragmento».





Vergil arqueó una ceja; su interés se despertó de inmediato. "¿Otro fragmento? ¿Dónde exactamente?"

Felicia suspiró profundamente, como si la respuesta fuera tan obvia que no mereciera la pena decirla. «Está en una zona controlada por los Ángeles Caídos».

